Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Núm. 52.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario. — Explicacion de la hoja de patrones. — Corpiño montante con faldetas,—Vestido para niño de 4 á 6 años. —Vestido para niña de 4 á 6 años. — Bata de mañana.— Sombreros. — El tiempo, por José Selgas. — Un año de matrimonio: conclusion.—Revista de Cádiz. — Explicacion de la hoja de figurines iluminados.—Fin del año de 1863.—Advertencias.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Corpiño montante con faldetas.

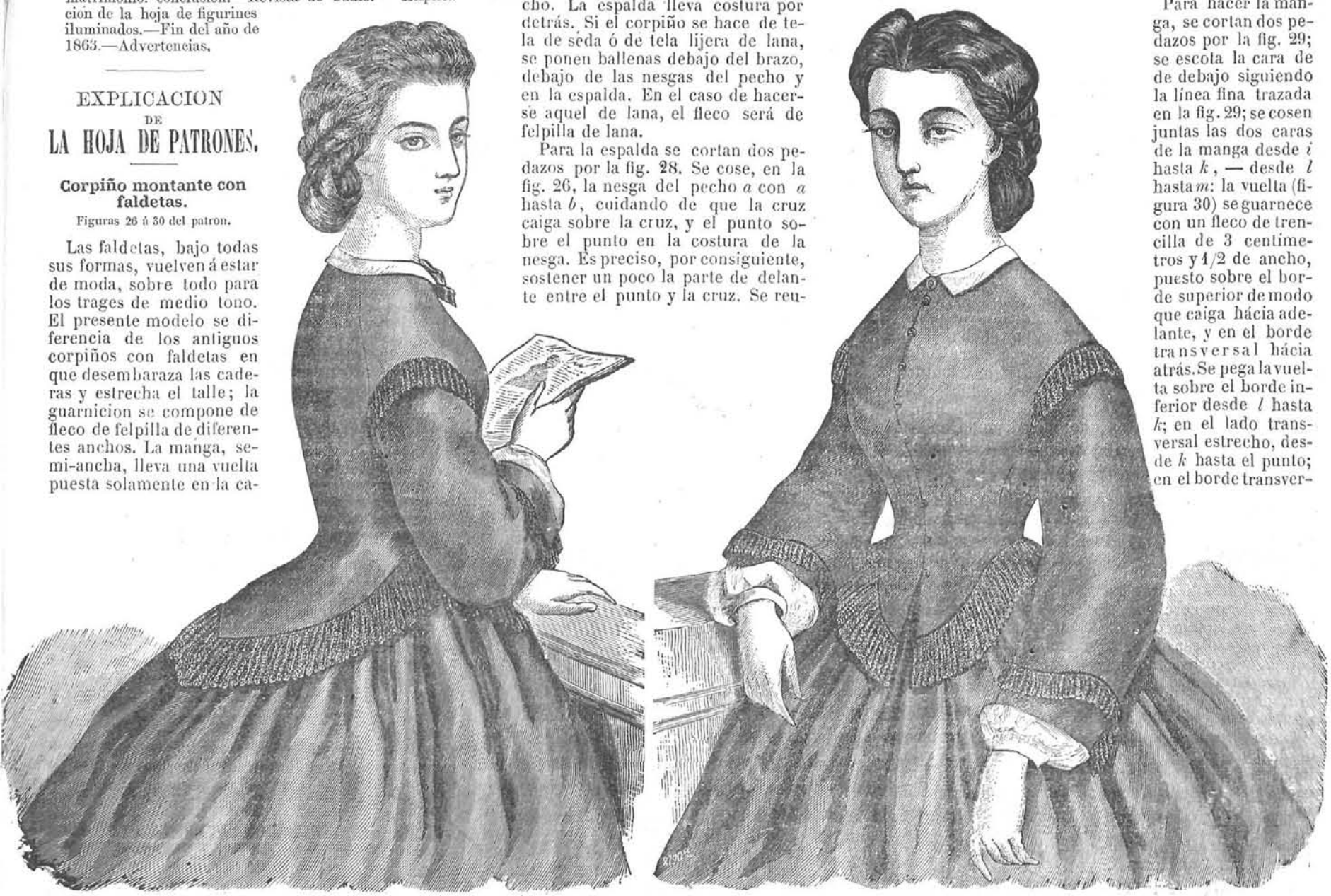
Figuras 26 á 30 del patron.

Las faldetas, bajo todas sus formas, vuelven á estar de moda, sobre todo para los trages de medio tono. El presente modelo se diferencia de los antiguos corpiños con faldetas en que desembaraza las caderas y estrecha el talle; la guarnicion se compone de fleco de felpilla de diferentes anchos. La manga, semi-ancha, lleva una vuelta puesta solamente en la cara de encima, y orlada por un fleco semejante al de la sisa, y menos ancho que el de las faldetas.

Para este corpiño se necesitan 2 metros y 42 centímetros de tela que tenga 60 centímetros de ancho. La espalda lleva costura por detrás. Si el corpiño se hace de tela de seda ó de tela lijera de lana, se ponen ballenas debajo del brazo, debajo de las nesgas del pecho y en la espalda. En el caso de hacerse aquel de lana, el fleco será de felpilla de lana.

Para la espalda se cortan dos pedazos por la fig. 28. Se cose, en la fig. 26, la nesga del pecho *a* con *a* hasta *b*, cuidando de que la cruz caiga sobre la cruz, y el punto sobre el punto en la costura de la nesga. Es preciso, por consiguiente, sostener un poco la parte de delante entre el punto y la cruz. Se reunen en seguida las figs. 26 y 27 desde *e* hasta *f*,— las figs. 28 y 26, en el hombro, desde *g* hasta *h*. Se hacen en el lado derecho los ojales indicados en la fig. 26, y en el izquierdo se ponen botones.

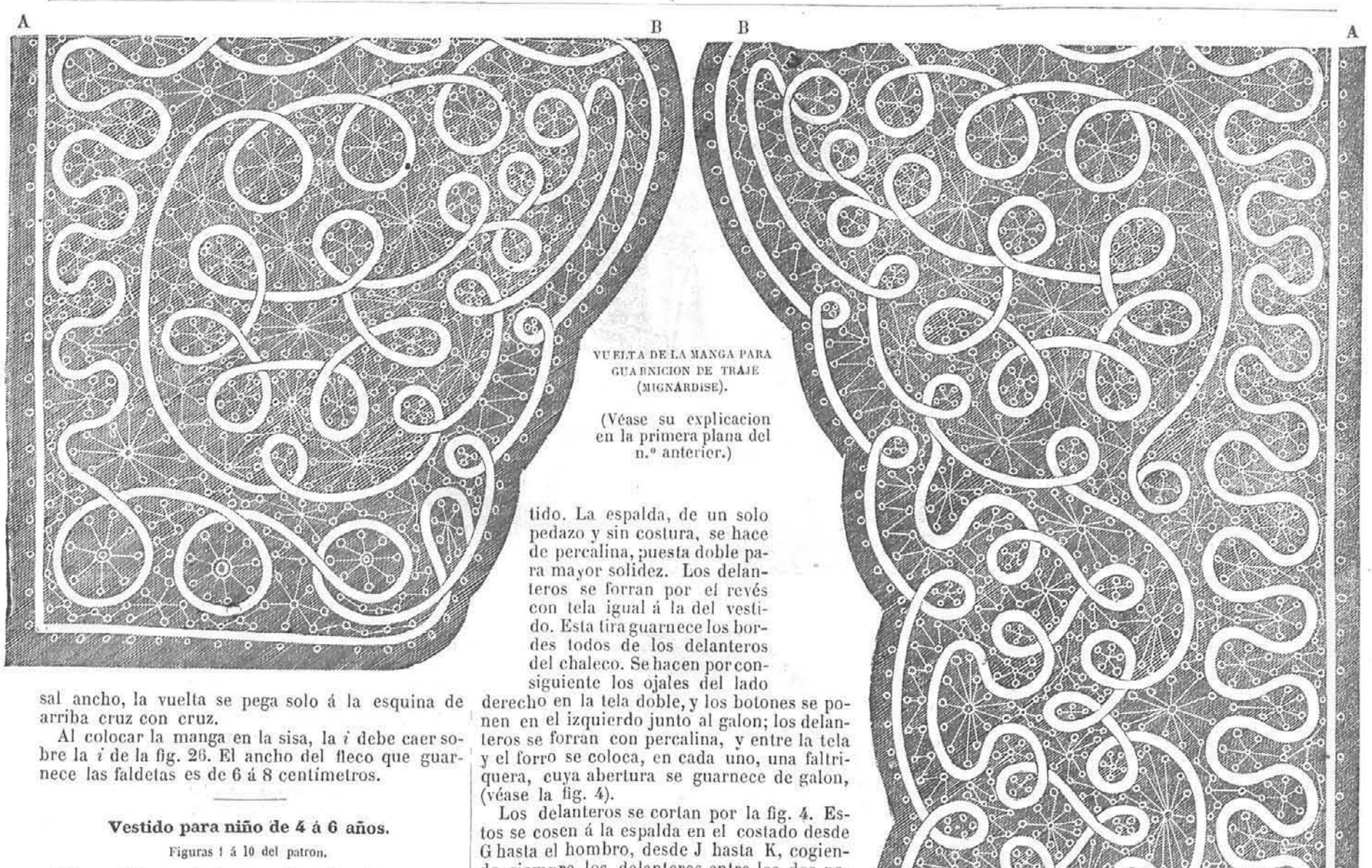
Para hacer la manga, se cortan dos pedazos por la fig. 29; se escota la cara de de debajo siguiendo la línea fina trazada en la fig. 29; se cosen juntas las dos caras de la manga desde *i* hasta *k*, — desde *l* hasta *m*: la vuelta (figura 30) se guarnece con un fleco de trencilla de 3 centímetros y 1/2 de ancho, puesto sobre el borde superior de modo que caiga hácia adelante, y en el borde transversal hácia atrás. Se pega la vuelta sobre el borde inferior desde *l* hasta *k*; en el lado transversal estrecho, desde *k* hasta el punto; en el borde transver-



CORPIÑO MONTANTE CON FALDETAS.

Acompaña á este número un suplemento, el cual es una gran hoja de patrones.

© Biblioteca Nacional de España



VUELTA DE LA MANGA PARA GUARNICION DE TRAJE (MIGNARDISE).

(Véase su explicacion en la primera plana del n.° anterior.)

sal ancho, la vuelta se pega solo á la esquina de arriba cruz con cruz.

Al colocar la manga en la sisa, la *i* debe caer sobre la *i* de la fig. 26. El ancho del fleco que guarnece las faldetas es de 6 á 8 centímetros.

Vestido para niño de 4 á 6 años.

Figuras 1 á 10 del patron.

Este vestido puede hacerse de paño, ó de cachemira, ó de terciopelo, ó de tela de lana á cuadros. La guarnicion se compone de trenza de lana negra, que tenga tres cuartos de centímetros de ancho, ó bien de galon de pasamanería y botones de azabache ó de acero muy pequeños. Los botones del chaleco, aunque de la misma materia que los del resto del vestido, son mas gruesos que estos.

Se necesitan pa6a ello 1 metro y 12 centímetros de tela que tenga el ancho del paño, cerca de 9 metros de galon, y rdocenas y 1/2 de botones muy pequeños.

CHAQUETA (figs. 1 á 3).—Si se hace de paño no se le pone forro alguno en la espalda. El borde de cada delantero y la abertura del cuello se forran con una tira de tela igual á la del vestido. Esta tira tiene 6 centímetros de ancho para los delanteros y 3 para el cuello. Se la da la forma del sitio que ha de ocupar en la parte inferior de la chaqueta. Sus bordes se doblan hácia afuera, esto es, por el derecho, y el doblez se cubre con el galon que corre todo al rededor de la chaqueta, el cual al mismo tiempo tapa los extremos de los galones puestos horizontalmente á modo de alamares, y que se indican en el dibujo, viéndose en él que van disminuyendo estos de largo en proporcion que suben hácia el cuello. Será fácil repetir esta guarnicion misma en la espalda, donde los galones, dispuestos en forma de pirámide, ocupan un espacio de 17 centímetros. El galon ó alamar inferior tiene 15 centímetros de largo.

La manga lleva tambien su adorno de galones, interpolados, como en todo lo demás, con los botoncitos que allí se ven.

Se pone un corchete en el cuello y se hace una faltriquera en uno de los delanteros.

Se corta la espalda de una sola pieza por la figura 2. Se cosen juntos delantero y espalda á punto atrás en el costado desde A hasta B,—en el hombro, desde C hasta hasta D. Se aplanan las costuras por el revés y se les echa un dobladillo.

Las dos telas de la manga (fig. 3) se cosen juntas desde E hasta F, y se guarnece con galon el borde inferior. Al colocar aquella en la sisa, la E debe caer sobre la E de la fig. 2. Debajo del brazo se hacen dos pliegues pequeños poniendo las dos cruces de la fig. 3 sobre los puntos intermedios. Este pliegue debe estar no lejos de la costura del costado de la fig. 1 (delantero).

CHALECO (figs. 4 á 6).—Solamente los delanteros se cortan de la misma tela que el resto del vestido. La espalda, de un solo pedazo y sin costura, se hace de percalina, puesta doble para mayor solidez. Los delanteros se forran por el revés con tela igual á la del vestido. Esta tira guarnece los bordes todos de los delanteros del chaleco. Se hacen por consiguiente los ojales del lado derecho en la tela doble, y los botones se ponen en el izquierdo junto al galon; los delanteros se forran con percalina, y entre la tela y el forro se coloca, en cada uno, una faltriquera, cuya abertura se guarnece de galon, (véase la fig. 4).

Los delanteros se cortan por la fig. 4. Estos se cosen á la espalda en el costado desde G hasta el hombro, desde J hasta K, cogiendo siempre los delanteros entre los dos pedazos que forman la espalda. Se pega al mismo tiempo en cada lado una tira cortada en percalina doble por la fig. 6.—Esta tira se cose punto con punto, hasta cruz con cruz. En una de las tiras se pone una hebilla de aceró y se vuelve á coser aquella de nuevo á la espalda cerca de la costura del costado.

PANTALON (figs. 7 á 10).—Para ejecutar la guarnicion de galones indicada en la fig. 7, se pònen primero los horizontales, luego los dos que van de arriba abajo, y que se enlazan por su extremo superior.

Las faltriqueras han de ser de percalina, y bastante largas para que se sujeten á la pretina del pantalon. En esta se ponen los botones indicados, ya para usar tirantes, ó ya para sostener el pantalon por medio de ojales hechos en un chaleco interior. El boton del medio de la dicha pretina sirve para cerrarla; al efecto, en el lado opuesto se hace un ojal.

Al cortar los cuatro pedazos del pantalon,—2 por la fig. 7, y 2 por la fig. 8,—se deja de mas en el borde inferior la tela necesaria para un dobladillo de 4 á 5 centímetros de ancho. Al lado izquierdo pe pone la presilla cortada por la fig. 9, forrada de percalina y provista de dos ojales. Esta presilla debe reunir las letras Q y R; se la cose sobre la línea e puntos de la fig. 7. El delantero derecho lleva un forro de percalina desde R hasta N próximamente, cuyo forro, colocado tambien sobre la línea de puntos, se estrecha por abajo; se le cose asimismo detrás de los botones. Al ejecutar la guarnicion de galones, no hay que olvidar el dobladillo que termina en las costuras del patron. Se cosen juntas las dos partes de cada pernil en el lado de afuera desde S hasta la cruz,—desde L hasta M; entre la cruz y la M se forra la abertura de la faltriquera, despues se hace la costura interior desde N hasta O,—desde O se cosen uno á otro los dos perniles hasta P por detrás,—por delante hasta Q, y se pega al mismo tiempo la carterilla del delantero izquierdo, y con botones en el opuesto. Para la pretina se cortan dos pedazos por la fig. 10; el del lado derecho debe tener 2 centímetros de largo que el otro; se los cose juntos sobre la línea que indica la costura de detrás de la fig. 10, y se forra la pretina.—En cada pernil se hacen tres pliegues, poniendo, en la fig. 7, la cruz 1 sobre el punto 1,—la cruz 2 sobre el punto 2,—la cruz 3 sobre el punto 3; despues se coge el borde superior del pantalon entre la pretina y su forro, juntando detrás las letras P,—en los costados las letras S,—delante las letras R.

Vestido para niña de 4 á 6 años.

Figuras 15 á 25 del patron.

Creemos que este vestido de invierno, á la vez abrigado y lindo, obtendrá la aprobacion de las madres todas. Se compone de una enagua de popelina gris, con filetes azul turquí, y de un corpiño algodonado y pespunteado de tafetan del color de los filetes, una tira del cual guarnece el borde de la enagua.

Además del corpiño algodonado, presentamos tambien una chaqueta hecha de tela igual á la del trage, y que podrá tambien hacerse de paño, cachemira, etc. El vestido podrá llevarse con chaqueta ó sin ella. Tambien diremos que el corpiño podrá no llevar la entretela de algodon, y hacerse igual al trage. En caso de que se quiera hacer este vestido tal como lo publicamos, será necesario que al cortarlo se deje todo al rededor tela de más, á causa de lo que han de embeber el entretelado y los pespuntes.

El delantero es de una sola pieza; así el corpiño se cierra por detrás por medio de corchetes. Las

© Biblioteca Nacional de España

costuras pespunteadas se hacen con seda negra ó blanca y van separadas entre sí por un espacio de 2 centímetros. El forro de las mangas no se pespuntea; va puesto liso.

Por via de adorno se coloca en el delantero del corpiño una hilera de botones de acero, despues se pega el corpiño á la enagua empleando un vivo, y colocando por el revés una tira de percalina que se cose á dobladillo sobre el forro.

La enagua tiene 42 centímetros de largo por dos metros y 50 centímetros de vuelo; está forrada de muselina fuerte y se hacen en ella diez pliegues anchos. La tira pespunteada que la orla es de 6 centímetros de ancho. La limosnera, cortada por las figuras 19 y 20, pende de cintas y se sujetan á la costura que une el corpiño á la enagua.

La chaqueta (figs. 21 á 25) se forra simplemente de tafetan negro (ó percalina negra). Al rededor lleva una tira al sesgo puesta plana, de la misma tela que la chaqueta, y rodeada por un vivo de tafetan.

El delantero se corta por la fig. 15: los dos lados de la espalda por la fig. 16; las dos caras de cada manga por la fig. 18.

En la fig. 15 se cose la nesga del pecho cruz con cruz, hasta el punto; se reunen las figs. 15 y 16 desde A*a* hasta B*a*,—desde C*a* hasta D*a*; se escota la cara de debajo de la manga siguiendo la línea fina marcada en la fig. 18, y se reunen las dos partes de la dicha manga desde G*a* hasta H*a*,—desde I*a* hasta K*a*; se guarnece el borde inferior con un vivo de tafetan, y se cose la manga en la sisa reuniendo las dos letras K.

Con arreglo á la fig. 17 se cortan dos pedazos para el cuello; sin entretelarlo; se forra de percalina, luego de tafetan negro, y se le pone al rededor un vivo. Se cose el cuello en su sitio empleando una tira de tafetan al sesgo, y reuniendo las letras E*a* con E*a*, — F*a* con F*a*. Se echa un dobladillo por dentro á esta tira de tafetan, que cubre así la costura.

La limosnera se prepara de este modo: se cortan de tela igual á la de la enagua dos pedazos por la fig. 19; se los forra de muselina fuerte y se los reune por un vivo de la misma tela que el corpiño; la línea marcada por un punto y una estrella indica la abertura. El revés (de tafetan igual al corpiño) se corta por la fig. 20; se le pespuntea, dejando un centímetro de distancia entre los pespuntes; se le rodea con un vivo y se le reune con la cara anterior de la limosnera, de dentro afuera, estrella con estrella,—punto con punto, á fin de que vuelva hácia afuera. Las dos cintas de que aquella pende son dos tiras al sesgo de 2 centímetros de ancho por 13 de largo, con su vivo de tafetan. Se las cose por el revés de la limosnera y luego entre el corpiño y la enagua.

Al cortar la espalda de la chaqueta (fig. 23) y la vuelta de la manga (fig. 25), se coloca la tela al hilo sobre la línea que indica el medio, á fin de cortar las dos figuras de un solo pedazo y sin costura.

El delantero (fig. 21) se cose con la fig. 22 desde L*a* hasta M*a*,—con la fig. 23 desde Q*a* hasta R*a*,—despues se reunen las figs. 22 y 23 desde N*a* hasta O*a*; se cose en seguida sobre la fig. 22 la faldeta de la fig. 23 estrella con estrella hasta P*a* con P*a*; se hace un pliegue en la faldeta poniendo la cruz 4 sobre el punto 4 de la fig. 23, la cruz 5 sobre el punto 5 de la fig. 22; se pespuntea este pliegue por fuera de la cruz á la cruz, y en cada esquina (en el sitio de la cruz) se pone un boton.

Se cortan por la fig. 24 dos pedazos para cada manga, y se los cose juntos D*a* hasta T*a*,—desde U*a* hasta V*a*. La vuelta (fig. 25) se forra de muselina fuerte, orlada, como la chaqueta, con una tira puesta en el borde superior y en uno de los transversales: este lado que se orla debe encontrarse en la cara superior de la manga, estrella con estrella. Se cosen juntos los 2 lados de la vuelta desde T*a* hasta la estrella; despues se la reune á la manga, T*a* con T*a*,—U*a* con U*a*. Junto á la tira se ponen sobre la vuelta tres botones, y se pega la vuelta, en el sitio marcado por un punto, sobre la costura de la manga.

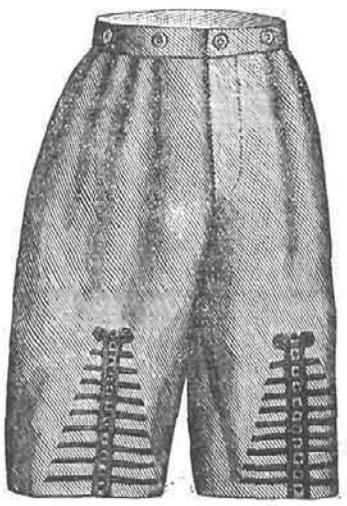
Al colocar esta en la sisa, la costura V debe caer sobre la letra V de la fig. 21. Para asegurar la chaqueta sobre el corpiño se ponen por dentro los corchetes indicados en la fig. 21, y se hacen en el corpiño, en el sitio correspondiente, presillas (ú ojales) de torzal de seda.

TRAJE PARA NIÑA DE 4 A 6 AÑOS.

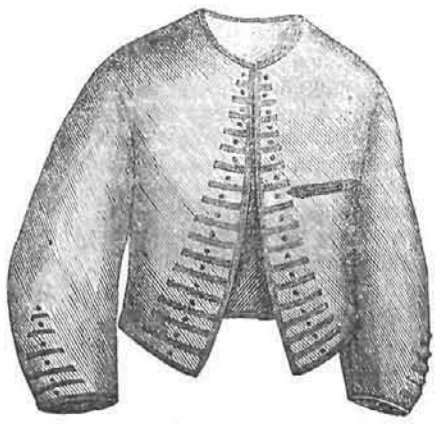
CHAQUETA DEL TRAJE PARA NIÑA.

Bata de mañana.

La bata, cuyo dibujo reproducimos, se hace de muselina blanca; forma delantal, y tanto él como el borde inferior se guarnecen con volantes orlados por un encage de Valenciennes, sobre los que corren bullones encañonados, igualmente guarnecidos de encage. El vestido se compone de una enagua y de un pardesus, y puede ser reproducido en cachemira, con volantes y bullones de tafetan.

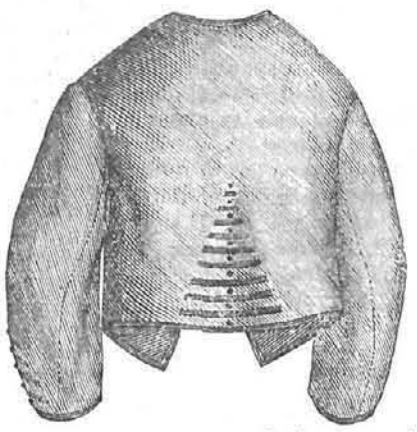


PANTALON DEL VESTIDO PARA NIÑO.



CHAQUETA DEL TRAJE PARA NIÑA (POR DELANTE).

CHALECO.



CHAQUETA DEL TRAJE PARA NIÑO (POR DETRAS).

SOMBREROS.

Los dibujos que publicamos hoy no muestran sino de un modo aproximado la lijereza de estos sombreros, porque el grabado, por bueno que sea, siempre deja que desear en lo que concierne á los pormenores vaporosos.

N.° 1.—*Sombrero de terciopelo real blanco.* — Una blonda *coquillada* rodea un copo de follages de todos matices, de yerbas con gotas de rocío, y hebrillas de plumas de pavo real puestas sobre el fondo; un velillo en miniatura cubre á medias la guarnicion interior, compuesta de los mismos elementos que el copo del fondo. Bridas de reps blanco.

N.° 2.—*Sombrero de raso blanco con bullones de tul de seda*; bavolet de terciopelo negro, adornado con encage negro; una gran adormidera rosa con follage de terciopelo negro y capullos del mismo terciopelo. El interior va guarnecido de dobles rizados de tul blanco mezclados con encage negro; encima de la frente una adormidera pequeña rosa hace juego con la que adorna el fondo del sombrero. Bridas de cintas de reps blanco.

N.° 3.—*Sombrero de terciopelo azul punto medio*; el velillo en miniatura cubre á medias algunos bullones de tul de seda que forman una especie de nube; una larga hoja de encage negro cae hácia atrás sobre el ala; al lado derecho está puesto un copo de flores de terciopelo azul, junto á una ancha flor de encage negro. El bavolet, semejante al sombrero, está forrado con un bullon de tul blanco y adornado de encage negro; anchas bridas de cinta de reps del color del sombrero.

EL TIEMPO.

El tiempo es el gran matemático que resuelve todos los problemas, el gran curioso que todo lo averigua, el gran hablador que todo lo dice.

El tiempo es el que dá á luz los mas ocultos secretos, los mas profundos misterios.

Semejante al mar, revuelve en sus profundidades cuanto cae bajo su dominio, lo oculta, lo extravía y al fin lo arroja sobre la playa.

Cuando todos los acontecimientos que hoy dan vueltas á nuestro alrededor ocultándose á nuestras miradas, sean, por decirlo así, sucesos muertos, el tiempo expondrá á nuestros ojos sus cadáveres desnudos.

Hay un dia mas ó menos lejano que llegará indudablemente para descubrir todos los secretos que se esconden en las sinuosidades de la luz artificial á cuyos reflejos pasan como sombras los sucesos de hoy.

Preciso es doblar la cabeza y encogerse de hombros ante la incomprensible manera con que están dispuestas algunas cosas.

Pensemos seriamente en este disparate tan profundo y tan verdadero.

Hoy es un dia que no podemos ver claro hasta mañana.

Por eso á la luz que arrojan sobre nuestro espíritu los últimos instantes de la existencia, se ven con tanta claridad, con tan cruel exactitud, todas las oscuridades de la vida.

Es decir, que el hombre no ve bien nada de lo que ha hecho durante los años que ha vivido, hasta que la muerte empieza á nublarle los ojos.

Véase cómo vamos adquiriendo poco á poco el conocimiento de nosotros mismos.

Hasta que llega el hombre á los quince años, no sabe que ha sido niño.

Hasta que cumple 40 casi ignora que ha sido jóven.

Hasta que el peso de la edad lo encorva como si le obligara á tener fija la mirada en

© Biblioteca Nacional de España

la sepultura abierta á sus piés para recogerlo, no sabe que hace ya veinte años que es viejo.

El tiempo todo lo descubre.

Ese vago indiferente á todo, cuya única ocupacion es pasar, es el que todo lo sabe.

El tiempo es el que descubre el tegido de las telas mas artificiosamente trabajadas.

Yo no sé dónde va que no quiere irse cargado con el peso de ningun secreto.

¡Cuántas historias ignoradas hoy, sabremos mañana!

Hay en esto un respetable sentimiento de humanidad.

Las disecciones no se hacen mas que sobre los cadáveres.

No hay cirujano que se atreva á llevar la punta fria de su escalpelo á las entrañas de un hombre vivo, para ver en ellas la causa de la enfermedad que quiere combatir.

La vida inspira tan profundo respeto que no se la puede abrir para que no revele los misterios de la enfermedad.

¿Habia de ser el tiempo mas cruel que un cirujano?

¿Habia de entretenerse en descarnar los sucesos antes de que fueran cadáveres?

Seria verdaderamente un asesinato.

No tenemos derecho á exigirle que cometa un crímen por satisfacer nuestra curiosidad.

¡Qué bien hechas están todas las cosas para llenar el fin á que se hallan destinadas!

Ved si nó cómo se refugian en el recinto inviolable de la vida las mas terribles enfermedades.

Ved cómo se apoderan de un hombre, cómo se entierran en sus entrañas y desde allí arrogantes por la inviolabilidad del asilo en que se han refugiado, desafian al médico y se burlan de la medicina.—No hay especifico que llegue á donde ellas están, no hay instrumento que se acerque á herirlas, porque han puesto delante de ellas como una muralla, la vida del enfermo.

Así que han devorado las entrañas, así que han chupado toda la sangre y han paralizado los músculos y han helado el corazon; entonces se escapan llevándose hasta el último suspiro de la víctima, dejando á las averiguaciones de la ciencia el mudo espectáculo de un cadáver.

Aqui entra perfectamente el escalpelo, penetra en los misteriosos lugares por donde ha pasado la muerte, la ciencia toma nota de los estragos que á sus ojos se presentan y escribe muy satisfecha la historia de la enfermedad.

Pero el muerto no resucita.

Al cadáver se le echa tierra.

SOMBRERO N.° 2.

Los sucesos vivos no se pueden disecar.

No se puede llegar á sus entrañas.

No es posible abrirlos para que la luz entre á señalarnos las causas que los ponen en agitacion y en movimiento.

Mañana, cuando el cadáver de todo lo que hoy pasa esté sobre la pila de las disecciones, entonces veremos con perfecta claridad las oscuridades que nos rodean.

Entonces, en las entrañas ya frias del cadáver, encontraremos la explicacion clara de este confuso cuadro de síntomas que tenemos hoy delante de los ojos.

Entonces comprenderemos la accion misteriosa y deletérea de los humores que se han infiltrado en la sangre. — Veremos el corazon corrompido, podrida la cabeza, envenenadas las entrañas.

Solo el tiempo puede hacer este terrible descubrimiento.

¡El tiempo! esa cosa impalpable, que se nos escapa por todas partes, que es tan alegre en la primavera, tan tempestuoso en el verano, tan triste en el otoño, tan frio en el invierno.

El tiempo, que es á la vez nuestra vida y nuestro castigo, nuestro cómplice y nuestro juez.

El tiempo, que pasa como si tal cosa por la superficie de la tierra, conteniendo á las semillas que esperan su voz para romper las ligaduras que las contienen y levantan sobre millares de caprichosos vástagos, nuevas generaciones de flores. — Ese que con solo pasar minuto á minuto, cuaja los frutos que se esconden entre las hojas apiñadas de los árboles, como esconde el niño avergonzado la cara fresca y sonrosada en el regazo de su madre.

El tiempo que una á una deshoja todas las flores, y uno á uno desnuda á todos los árboles, que convierte el agua en una piedra, que quebranta las rocas, que destruye los pueblos, que acaba con las generaciones.

Ese que es la desesperacion de todas las mujeres que van á cumplir cuarenta años; la esperanza de las que no han llegado á quince; el fastidio de los holgazanes; el verdugo de los que trabajan.

El tiempo, que descubre las canas, que señala el sitio donde han de aparecer las arrugas, ese se encargará mañana de enseñarnos lo que es el dia de hoy.

Dejémosle que pase, seguros de que no se llevará ningun secreto.

Este es el tiempo en general; el tiempo presente en particular debe ser un tiempo muy estrecho.

Véase ese incesante afan con que las dos terceras partes de la humanidad trabajan para salir del dia.

Los que viven con mas desahogo es porque han encontrado el secreto de vivir en la inmensidad del tiempo pasado ó en los espacios sin límites del tiempo futuro.—Estos dos secretos tienen sus nombres que son el crédito y los cosméticos.

El crédito que es el recurso encontrado para que muchos hombres puedan vivir hoy con la fortuna que podrán tener mañana.

Ese bolsillo imaginario del cual se saca tanto dinero real y efectivo.

Los cosméticos son la media vuelta á la izquierda de esa media vuelta á la derecha.

Es vivir precisamente con la juventud que se ha derrochado.

El hombre busca el dinero en la fortuna que todavía no ha podido conseguir, y la mujer toma su belleza de una juventud que ya ha consumido.

En el momento en que una mujer ha llegado á los treinta años, se detiene como fatigada, reflexiona seriamente y elige entre los dos términos fatales que se le presentan: ó seguir adelante ó retroceder.

La que no ve en la vejez un remordimiento, y en la juventud que ha consumido un crímen; la que tiene en su corazon y en sus virtudes un recurso permanente para agradar á un mismo tiempo á los niños, á los jóvenes y á los ancianos; la que no encuentra en el espacio de su vida ningun período que merezca suprimirse; la que no hace de sus años faltas que necesite disimular; en fin, la que no se avergüenza de haber nacido antes que sus hijos, sigue adelante.

Es decir, deja que las primeras canas campeen orgullosas entre sus cabellos negros ó rubios; deja

N.° 1.

N.° 3.

© Biblioteca Nacional de España

que las primeras arrugas asomen á su frente como la señal de pensamientos graves; deja que el respeto se una al cariño y la veneracion al afecto.

No le teme á la vejez, porque como las flores olorosas conserva despues de marchita el perfume de su bondad.

No teme desnudarse de los encantos de su cuerpo, porque tiene para seducir los encantos de su virtud.

La que ha hecho de su hermosura el único refugio de su alma; la que no ejerce mas imperio sobre el corazon del hombre que el atractivo pasajero de una tez fresca, de unos labios encarnados, de unas formas correctas; la que á fuerza de oirse llamar hermosa ha creido que no puede dejar de serlo; la que comprende que la primera cana será en ella la señal del primer desprecio, y la vejez una irrision; la que, en fin, todo lo ve al través de la luna de su espejo, esa se planta, como si una semilla carcomida pudiera echar raices.

Se planta, es decir, rasga su partida de bautismo como un padron de ignominia, y como Dios á las aguas del Océano, se dice á sí misma: «de aquí no pasarás.»

El tiempo la empuja, pero ella asida á los restos de su belleza, como el náufrago á una tabla, lucha sin tregua, flotando sobre los años que caen sobre ella sin conseguir hundirla.

Combate feroz, solo comparable al que el pobre sostiene con su miseria y el avaro con el dinero de los demás.

Esa mujer recose, zurce y remienda todos los harapos de su hermosura para encubrir las desnudez de su alma.

Como los criminales, busca la sombra; su pudor se ofenderia de esa claridad desvergonzada con que el sol enseña todas las cosas.

No puede sufrir sin conmoverse una mirada persistente, y baja los ojos temerosa de que el cosmético infiel haya descubierto, no los secretos de su corazon, sino los pliegues de su cara.

Esta hermosura resplandeciente que sin ofender á su padre, ni introducir perturbacion ninguna en la familia; puede asegurarse que es hija de un perfumista, de un peluquero y hasta de una doncella, huye honestamente de los hombres que se le acercan demasiado.

Es el movimiento instintivo que nace de la fragilidad de sus encantos.

Esas mujeres como toda obra de arte, tienen sus admiradores.

Llevan en pos de sí esa corte de necios que se apresuran á recibir su patente de hombres á la puerta del tocador donde el veneno de los cosméticos rejuvenece por algunos instantes la belleza de la mujer y envejece para siempre el corazon de muchos jóvenes.

Estas mujeres que parece que alquilan la juventud, y que tienen á sueldo la hermosura, que cada dia, ó mejor dicho, cada noche se presentan á nuestros ojos asombrados mas jóvenes que el dia anterior; estas mujeres que moririan niñas, si fuera posible engañar á la muerte, viven en el tiempo pasado.

¿Y quién hay que no consuma una parte del tiempo que está por venir?

¿Quién no disfruta de antemano el placer de la dicha que espera?

¿Quién no siente el dolor de la desgracia con que ha de encontrarse mañana?

¿Qué es el tiempo futuro mas que un crédito constantemente abierto á nuestras esperanzas, á nuestros temores y á nuestros deseos?

Si se echa bien la cuenta, veremos que apenas hay quien viva en el dia que vive.

Veremos que el tiempo presente es el tiempo en que menos vivimos.

La vida del hombre se divide en dos partes casi iguales.

La primera se compone de esperanzas; la segunda de recuerdos.

Vivimos la primera parte de nuestra vida en el tiempo futuro; la segunda en el tiempo pasado; esto es, al revés de como parece que vivimos: hoy en mañana; mañana en ayer.

La juventud es una cosa que va: la vejez una cosa que viene.

Examínese cada hombre y se verá que se encuentra en una de estas dos situaciones: Ó todo lo ve en el risueño espejo del tiempo futuro ó en el triste espejo del tiempo pasado.

Para él todo va á ser ó todo ha sido ya.

Hoy es siempre una especie de cero interminable colocado entre dos series de guarismos, un paréntesis abierto entre ayer y mañana; el espacio que se deja entre dos renglones para que no se confundan.

Lo presente no será nada hasta que haya pasado; lo futuro será algo mientras no llegue.

El tiempo es el único ser que jamás nos abandona. Nos saca de la cuna, para llevarnos al sepulcro.

El que todo lo tapa es al mismo tiempo el que todo lo descubre.

José SELGAS.

BATA DE MAÑANA.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Conclusion.)

—Basta, basta de palabras, exclamó Julia; es muy fácil arrojar la piedra, pero dispensadme el enojo de un sermon que no quiero oir, y en suma, el asunto debe ventilarse entre él y yo...

—Sin embargo, hay otros que padeceráu, suspiró Lavinia como hablando consigo misma.

—¡Otros! repitió Julia con indiferencia; ¡oh! sí, ya caigo; á la verdad, se habria dicho que era vuestro esposo el ofendido, tan encolerizado estaba por no sé qué injuria imaginaria, pues supongo que lo de la carta está explicado.

—¿Qué carta?

—Aquella en que citábais al conde y no á Rodolfo en el pabellon.

—¿Y cómo la ha recibido el conde? preguntó Lavinia.

—Es cosa muy sencilla; ya sabeis que Rodolfo al encontrar una carta en mi ramillete creyó que se dirijia al conde; entonces pensé que la broma se terminaria con una provocacion en desafio enviada por Rodolfo al conde, quien se habria quedado estupefacto naturalmente, puesto que yo nunca le habia dado motivo para creer que jamás pudiera haber nada entre nosotros, y así se habria explicado todo; pero ví por una respuesta vuestra que hallé sobre la mesa, que en lugar de aquella provocacion de desafio, lo que habia hecho Rodolfo era citaros en el pabellon. Mi plan habia fracasado; en esto pasaba el conde, yo tenia vuestra carta en la mano, y la arrojé á sus piés pensando que acudiria á la cita propuesta en el billete, que se encontrarian él y Rodolfo y que la explicacion tendria lugar entre ellos, explicacion en la cual Rodolfo habria reconocido mi inocencia, y habria comprendido la broma; pero todo ha salido mal, no sé cómo ni porqué.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Lavinia; ¡qué abismo de ligereza, qué tejido de fraudes y de engaños! ¡De modo que no habeis temido comprometerme á los ojos del conde! ¿no sabreis lo que me habria envilecido un paso como ese? Pero el conde me conocia mejor, receló la mentira y no acudió al pabellon. Julia, nada os echo en cara, pero pensad detenidamente que habeis atormenta-

© Biblioteca Nacional de España

do de una manera horrorosa á vuestro marido, que os habeis burlado de la honra de una mujer y de los celos de su esposo, y que todo esto pide reparacion; ¡Dios no quiera imponeros una expiacion demasiado dolorosa!

XXVIII.

Al dia siguiente al en que ocurrieron todos estos sucesos, se hallaba desierto el Rosenborg. Los huéspedes habian huido, y hasta los amos se habian marchado. Contra toda prevision Rodolfo habia persistido en su deseo de separacion, y su hermana y su cuñado le habian acompañado á Estokolmo; Julia, despues de mil tentativas infructuosas se habia vuelto con su madre, y Lavinia trataba de consolar á Rodolfo, que indeciso aun se preguntaba si aquella separacion seria definitiva.

Contaba con el arrepentimiento de Julia, y se decia que si muchos meses de recojimiento, muchos esfuerzos incansables rescataban su pasada conducta y manifestaban su curacion radical, él, menos inexorable, podria intentar una reconciliacion, que habria colmado sus mas ardientes deseos.

Naturaleza frágil y amante, tenia necesidad de amar: un instante de ira y de resentimiento habia podido hacerle romper los lazos que le unian á la criatura mas amada, pero no habia podido acabar con aquella necesidad de amor que él sentia imperiosamente. Volvia á ella por costumbre, por ansia de cariño. Buscaba paliativos á sus culpas, y habria querido poderse encargar de la expiacion, á fin de absolverla y estrecharla de nuevo en sus brazos.

Lavinia tambien dominada por su cariño á Rodolfo habria deseado que Julia se hiciese digna de perdon; pero Julia incapaz de sentir un dolor muy largo; habia recobrado poco á poco sus antiguas costumbres; á medida que Rodolfo perdia el color, el semblante de ella volvia á tomar su risueña frescura; su puerta, que al principio habia tenido cerrada á todo el mundo, se abrió otra vez para recibir varias amigas á quienes contaba sus penas, —¡eternos discursos de las mujeres que quieren ser consoladas! Por fin, dos meses habian trascurrido, al cabo de los cuales Rodolfo recibió una carta de aquella mano adorada todavia.

«Puesto que desde hace dos meses me he encerrado en la mas austera soledad sin que una palabra vuestra haya venido á consolarme; puesto que no me habeis ofrecido una sola esperanza, y ni siquiera habeis tenido á bien enviarme una respuesta; puesto que nada os ha enternecido, ni plegarias, ni súplicas, ni amenazas de muerte, os diré que ya no quiero fingir mas tiempo, que no quiero ser una esclava sometida á los caprichos de su señor: oid una confesion que os confundirá: ya no os amo. No os amo, no: podeis creerlo; ya no soy aquella que lloraba y suplicaba, ya no me contento con una separacion, sino que pido el divorcio; quiero ser libre, y cuanto antes, y aun cuando pasárais tres dias enteros llorando y suplicando, ¿qué digo? dos meses en la desolacion en que he estado yo, no cederia; quiero ser libre, y esta vez espero vuestra respuesta.

«JULIA.»

Veinte veces Rodolfo tomó la pluma para responder, y veinte veces sofocado ocultó su cabeza en sus manos sin poder trazar una palabra. Y no obstante, era preciso: ya no tenia nada que esperar: todo aquel arrepentimiento, todas aquellas lágrimas, todo era fingido; era menester aceptar lo que ella pedia, el divorcio.

«Ya que lo quereis, divorciémonos. ¡Ay! No pensaba yo en eso hace un año cuando os llevé á la casa en donde no volvereis á entrar nunca. ¡Oh! ¡Julia, adios, adios, adios! Si os volveis á casar, lo que hareis prontamente, segun creo, reflexionadlo bien, y que Dios os guie; á pesar de todo lo que me habeis hecho padecer, imploro á Dios en favor vuestro; amo á nuestro hijo por vos. ¡Haberle abandonado así! Julia, habeis despedazado mi corazon. Adios.

«RODOLFO.»

Despues que hubo terminado esta carta que le dejó sin fuerzas, inclinó su cabeza sobre su pecho y lloró; lloró como un niño, pues en el fondo de su corazon quedaba y quedará siempre un indestructible amor por aquella mujer que le habia hecho una vida tan amarga.

Dos meses habian trascurrido, y el año que habia visto aquellos dos enlaces tan diferentes estaba á punto de concluirse. En su variado curso habia cambiado muchas cosas, pero ninguna tanto como el corazon de Lavinia, que no era ya la mujer triste y orgullosa sometida por respeto humano á una union detestada, sino una mujer vencida por el sentimiento que embargaba su corazon. Lentamente inclinada hácia un amor que habia rechazado largo tiempo, habia concluido por acojerle con el ardor propio de su naturaleza, y se habia entregado á él completamente por el impulso de su alma y el consentimiento de su voluntad, imprimiendo de este modo á su amor un glorioso carácter de serenidad y de fuerza. En plena posesion de sí misma, habiendo comprendido hasta lo mas íntimo el carácter de Hermann, habia aceptado para siempre aquella union que creyó contraer por un tiempo muy corto. Su corazon no habia sido nunca un misterio para aquella mujer enérgica que vigilaba todos sus ímpetus y dominaba todas sus explosiones.

En cuanto á Herman, amaba y amaba con delirio. De carácter fogoso, á pesar de su aparente frialdad, se habia visto vencido igualmente por su amor, y reconociendo su derrota, se volvia humilde y afectuoso hácia la mujer que le habia revelado el misterio de aquella pasion omnipotente. Naturalezas iguales y distintas, se habian trasfigurado una enfrente de otra, y su fraternidad aparecia de repente; ¡noble fraternidad nacida de esfuerzos hácia el bien, esfuerzos de lealtad y de abnegacion hechos á porfía!

Ahora sabian entrámbos que no se separarian nunca, comprendian que sus corazones estaban ligados con cadenas mas indisolubles que ninguna de las que puede formar el matrimonio humano; y sin embargo, no se habian hablado todavia.

La situacion de Rodolfo explicaba este silencio. Lavinia habia tomado, digámoslo así el luto de la felicidad de su hermano, y esa época nefasta se celebraba entre ellos con un aumento de austeridad y de reclusion. No obstante, concluido el primer mes, la serenidad de Lavinia se alteró de repente; ya no se mostraba al lado de Hermann apacible y dichosa; el ruido de sus pasos la hacia extremecer; su mirada al fijarse en ella cubria su hermosa frente con rubor inusitado, sus párpados caian entonces como un velo sobre sus ardientes pupilas, y su mano temblaba.

De esto se resintió su salud y Hermann exijió que fuera á pasar en su compañia el último mes de la temporada á los baños.

Nada diremos de este mes; Lavinia temia una cosa aun, que la naturaleza de Hermann no pudiese triunfar de sus celos instintivos, y deseaba verle con ella en sociedad, para saber cómo aceptaria los homenajes que podian serla dirijidos. La prueba le rehabilitó completamente á sus ojos. Seguro de su jóven esposa, Hermann permaneció indiferente á toda la admiracion que excitaba su presencia; sereno y confiado soportó con la mayor calma las atenciones que se atrae en todo lugar público, y por pura que sea, una mujer jóven y hermosa; se sentia demasiado dichoso para tener celos.

Era el 25 de setiembre, y Lavinia y su marido habian dejado los baños de *** para volverse al Rosenborg; detenidos en una posada del camino vieron rayar el alba de aquel aniversario esperado con tanta impaciencia. Aquella mañana Lavinia fué la primera que apareció en la salita particular donde disponian el almuerzo; estaba pálida y habia necesitado todo el ascendiente de su voluntad para triunfar del temblor interior que agitaba todos sus miembros.

Hermann entró muy pálido tambien, pues habiendo llegado esa hora decisiva de su destino, tenia dudas acerca del porvenir. ¡Lavinia se hallaba tan cambiada desde hacia algun tiempo, tan violenta, tan turbada delante de él!... ¿A qué atribuirlo? Hoy lo sabia.

El ruido de las idas y venidas de los criados que servian los platos parecia irritarle, deseaba estar solo para hablar y saber en fin á qué atenerse.

Por fin el almuerzo se acabó; los criados se retiraron, y Hermann y Lavinia se quedaron solos. ¡Contradiccion extraña! Hermann estaba confuso y ahora se calló; él que deseaba tanto poder explicarse. Poco á poco no obstante, recobró el imperio sobre sí mismo, y yéndose á la ventana para evitar la mirada de Lavinia, dijo con el tono vago de un hombre que habla para sí:

—Muy singular es la locura del ser humano que pretende disponer de su vida un instante y arreglar su existencia antes de saber lo que necesitará para llevarla. El hombre cree aceptar cuando aprovechando la experiencia de un dia ó una hora, dispone de su vida, y á veces suele suceder que aquella experiencia era engañosa, ilusorio aquel acierto, y que habiendo pensado asegurar al menos el reposo del porvenir no ha hecho mas, por el contrario, que comprometer su felicidad en tiempo prematuro. Lavinia, ¿quién habria dicho pues, hace un año, que nuestra experiencia era ceguedad, y nuestra prevision ignorancia de nosotros mismos? Lavinia, mi amada...

Se detuvo; esta palabra pronunciada por la primera vez le sofocaba; pero al cabo de un momento añadió:

—Mi amada Lavinia, ¿qué explicacion puedo dar de la transformacion que en mi se ha operado? Poco á poco habeis visto cómo esa vida nueva que introduciais en mi alma regeneraba todo mi ser; yo, que no conocia el amor hace un año, hablaba del amor como un insensato y profanaba su santidad, pero á ello me habian conducido terribles combates y grandes derrotas impuestas á mi orgullo... ¡y hoy el orgullo está vencido! ¡Oh! Lavinia, tengo poca costumbre de hablar el lenguaje del amor, y este corazon tanto tiempo cerrado, no ha podido, al abrirse de repente, amoldar mis labios á las súplicas que inspira; pero decidme: ¿quereis ser mi mujer, mi bien, mi vida, mi todo en este mundo? Lo que me habeis inspirado es á un tiempo tan cruel y tan dulce, que me combaten alternativamente los sentimientos mas puros de un amor infinito, y las torturas mas dolorosas de una insoportable incertidumbre. ¿Podeis amar al que en otro tiempo considerábais con aversion? Si no, Lavinia, la única puerta del cielo que se abria para mí, se cierra para siempre.

Se calló y clavó en la jóven una mirada radiante.

—De modo, Hermann, que si el sentimiento que recordais se hubiera trasformado en mí, ¿retractariais las palabras que pronunciásteis la noche de nuestras bodas?

—Escuchadme, Lavinia, dijo pasando por primera vez sus brazos en torno del talle de la jóven, y estrechándola como un tesoro largo tiempo deseado y que solo un instante se posee, escuchadme bien; nada, nada quedaria en el mundo para mi si os perdiera; sin vos, el mundo está vacío; he perdido mis hijas, he perdido aquella calma orgullosa de mi corazon que me prometia la seguridad á falta de alegrías mas ardientes; pues bien, preferiria quedarme solo en este mundo antes que arrastrar un pos de mi corazon abrasado de amor á una mujer indiferente y fria, que me concediese por piedad lo que mi corazon exije, pensadlo bien, Lavinia.

Lavinia se sonrió; una llama singular brilló en sus ojos, cuyas miradas se clavaron en Hermann; no se soltó de los brazos que la estrechaban, y acercando sus labios al oido de su marido, contestó diciendo:

—¡Todo lo que me habeis dicho, mi corazon lo repite, mi corazon lo grita!... Yo tambien quiero ser amada como amo: Hermann, sé que no os habriais entregado á una mujer sin estar seguro de ella; pero además de los sentimientos que se dan por sí, hay otros sobre los cuales se puede reclamar la...

Y se detuvo...

—Reclamad todo cuanto gusteis, exclamó Hermann; quiero haceros de todo un gran sacrificio; todo cuanto querais lo tendreis... yo no anhelo mas que vuestro amor.

—En ese caso, sentaos ahí y escuchadme... tranquilamente, dijo con una sonrisa al notar el ademan de impaciencia de su marido; sentaos, pues tengo que haceros una confesion.

—¡Ah! Eso no, Lavinia, exclamó Hermann palideciendo; vais á hablarme de vuestro Luis... no, no; que el pasado quede sumerjido en el olvido mas completo... Mi cabeza se turba con la idea de que muerto ó vivo, tiene todavia una parte en vuestros recuerdos.

—¡Oh! Insensato, exclamó la jóven reclinando su cabeza en el pecho de Hermann; ¡hombre violento y celoso! ¿cómo podré convenceros una vez por todas? Es un recuerdo que ya no existe, un pensamiento, un nombre que ya no despierta nada en este corazon que os pertenece... solo para que vivais en una confianza inalterable, quiero deciros... ¡Oh! ¡Hermann! ¡Voy á rebajarme!... desprecio los celos, y sin embargo, yo tambien lo he sentido, yo tambien he sido victima de ellos, tres veces me han turbado hasta el punto de hacerme perder la cabeza... ¿Os acordais, Hermann, de aquella noche en que volviamos juntos del presbiterio y en que me sorprendisteis con la carta de Luis?...

Y luego haciendo una pausa y bajando los ojos, prosiguió diciendo:

—¿Os acordais tambien de aquel dia en que dije que estaba enferma y tuve que marcharme despues, y por último, de aquella vez en que salisteis al camino?...

—¡Y todo eso, exclamó Hermann, era!... ¡Oh! no, no lo puedo creer... ¿Seria posible, Lavinia, que tú tambien me hayas amado durante tanto tiempo?

—Era nuestro destino, respondió la jóven con una sonrisa encantadora, era nuestro castigo y nuestra prueba; debiamos triunfar de nuestras orgullosas voluntades mediante grandes luchas... pero es verdad, Hermann, estaba celosa, y si en los últimos dias de nuestra permanencia en el Rosenborg me habeis hallado apacible y serena, ese sosiego procedia de una visita que acababa de hacer... á la señora Rhenmann: hoy que nuestras existencias van á confundirse he querido decíroslo, para que me expliqueis la naturaleza de los lazos que han existido entre vos y María.

—Y que continuarán mientras me dure la existencia, mi querida Lavinia.

—¿Qué decís, Hermann?

—Digo, Lavinia, que si no estuviese embriagado con la idea de que vuestro cariño hácia mí os ha conducido á tales suposiciones, os declararia que son insensatas. ¡Yo! ¡Yo, visitar, aun despues de mi casamiento á una mujer á quien hubiese perdido; yo, ofenderos hasta el punto de pediros que la recibais con bondad!... ¿cómo habeis podido pensarlo?

—No sabia lo que pensaba, sabia únicamente lo que padecia, pero en vuestros ojos leo que he sido bien loca... ¿me perdonais, amigo mio? Os he ofendido con mis suposiciones, y sin embargo, quiero deciroslo todo; durante muchos meses, Hermann, he hecho cuanto he podido para realzarme á vuestros ojos, y no sé porqué á esta hora el rebajarme me dá una felicidad que no me explico.

Entonces contó larga y lealmente todo cuanto habia oido: sus sospechas justificadas por la carta que habia caido en sus manos, sus prolongadas angustias, sus protestas, sus indignaciones, testimonios de su amor.

Hermann la escuchaba sorprendido y trasportado; en aquella fiel historia del corazon de Lavinia, seguia la historia no menos fiel de su propio corazon. Cuando lo hubo dicho, la estrechó en sus brazos con un ardor que Lavinia casi asustada, se soltó exclamando:

—No se acabará esto así; casi me habeis dado á entender un dia que habiais pensado casaros con María Rehnmann, y yo quiero saberlo todo; hablad pues.

—¿Y no recuerdas, amada mia, que dije tambien que antes de haberme decidido, ella se habia hecho indigna de mi eleccion?

—Sí, pero lo que quiero saber es el secreto de que hablaba vuestro billete, y que no debia llegar á mis oidos.

—Entonces temia sobremanera que le conocieses.

—¿Y ahora?

—Ahora... mira, Lavinia, vá pasando el tiempo, y si nos entretenemos mas no llegaremos esta tarde al Rosenborg; deja que mande enganchar, ya lo sabrás todo.

—Para pretextos no hay otro como vos; id pues, yo tambien deseo ver el Rosenborg esta tarde.

Salió, y cuando volvió halló á Lavinia dispuesta á partir.

Media hora despues, instalados en su carruaje que les llevaba rápidamente, proseguian su interrumpido coloquio.

—Lavinia, habria querido ocultarte este secreto; hasta aquí habia deseado preservarte de este dolor, pero en la actualidad que el consuelo está en mi poder, hablaré

© Biblioteca Nacional de España

sin rebozo; tu destino se ha encontrado mezclado mas de lo que puedes imaginarte con el de María Rhenmann.

—¡Cómo! ¡Sé que no podeis engañarme, Hermann!

—A fé mia que no; pero ¿no os ha engañado ya otro?... ¡Palideces, mi amor!... ¡oh! ¡no me dejes creer que aun pueda tener alguna influencia sobre tus dolores y tus alegrías!

—¡Luis! ¡Luis! balbuceó Lavinia.

Su cabeza cayó en sus manos, y un suspiro, uno no mas, se exhaló de su pecho: Hermann se callaba con los ojos fijos en aquella frente inclinada; pero alzando la cabeza exclamó:

—La primera impresion me ha trastornado; pero lo que es ahora, todo está concluido.

—¡Todo! repitió el coronel con un acento de duda.

—Sí, todo, Hermann mio; pero hablemos de vos, de vos que tan generosamente habeis socorrido á una mujer abandonada por todo el mundo, de vos á quien he ultrajado con mis indignas sospechas. ¡Oh! Hermann, ¡cuán noble y bueno sois!... Tengo orgullo en poder admiraros tanto como os amo!

— Oh! en cuanto á eso, quiero muchísimo mas amor que admiracion, repuso con una alegría cariñosa.

Lavinia continuó:

—Hablemos de Luis... es muy extraño que yo pueda pronunciar este nombre sin turbarme, y que pueda considerar con calma un pasado que él turbó tan profundamente; pero la carta que arrancó para siempre su pensamiento de mi corazon me revelaba el secreto de un amor culpable, al que se habia entregado casi al dejarme á mi. Sabia que en sus paseos á los baños de... habia encontrado á una jóven que llamó su atencion y con quien entró en relaciones... Hermann, os enseñaré la carta, ahora no tengo ya ni vergüenza ni sentimiento en mostrárosla, vereis como es imposible que yo continuara amando á semejante hombre. Pero ¿porqué casualidad María estaba en los baños?

—No estaba en los baños, sino en las cercanías, en casa de unos parientes de su madre.

—¡Pobre, pobre María! le creyó libre y vió en él todo lo que puede seducir á una jóven inexperimentada.

—¡Era un desgraciado! exclamó Hermann, y ahora, mi Lavinia, puedo decirte porqué aquella extraña conducta que despues de Luis sorprendia á todo el mundo, me inspiró hácia tí una simpatía irresistible. En aquella altiva indiferencia veia yo la fuerza de una naturaleza, cuyos principios triunfaban del amor, pues adiviné que Luis te habia revelado su traicion antes de morir.

—¿Y cómo supiste, Hermann, la desgracia de María, y cómo supo ella misma que habia sido engañada?

—En la hora de la separacion declaró no solo que la dejaba para siempre, sino que estaba comprometido con otra; entonces la dijo lo que la pobre jóven repetia á menudo: «María, vive persuadida de que no la perteneceré á ella mas que á tí; el cielo me llamará en breve á su tribunal, y aun cuando el Juez Supremo debiese olvidarme largo tiempo aun, á nadie llamaré mi esposa despues de haberte llamado á tí mi amada.» Y la pobre María no solo le perdonó, sino que le llenó de bendiciones y le pidió que revelara el secreto de su falta á la mujer á quien ultrajaba con su conducta. El baron partió, ella partió tambien, pero en su angustia por el dolor que habia de causar á su madre, y en su irresolucion, me eligió por confidente, y yo preparé á la pobre madre á recibir un golpe que soportó con la inagotable resignacion de su piadosa naturaleza. Hasta mucho despues no supo María con quién debia casarse Luis, y por eso no podia verte sin una profunda emocion. Temiendo que ciertos rumores de un amor ilegítimo que suponian la habia tenido yo, llegasen á tu conocimiento, quiso ella revelarte la historia de su vida, pero yo me opuse, no creyendo posible que te hubiesen ocurrido tales recelos. Ahora lo sabes todo, Lavinia; ya no queda entre los dos secreto alguno.

—Gracias, Hermann, contestó la jóven apoyando su frente en el hombro de su marido, ahora soy dichosa.

Las tinieblas del crepúsculo se habian extendido hacia rato sobre las montañas que rodeaban el Resenborg; la luna habia salido y derramaba sus rayos plateados como una luz serena sobre las blancas paredes de la casa. Habia en el aire tibio de aquella noche de otoño una especie de paz gloriosa que llenaba los corazones de éxtasis y de amor.

—¿No tiene que llevarnos á la iglesia el postillon? preguntó Lavinia riendo.

—¡A la iglesia! repuso Hermann sacado súbitamente de la meditacion en que se hallaba sumerjido.

—¿No fué esa la órden que os oí dar hace un año cuando me traiais al Rosenborg?

—¡Vengativa! Creia que en vos todo era angelical: ¿tendreis tambien algo de diabólico?

Lavinia se sonrió.

—Mira cómo chispea la lumbre en las chimeneas, hasta se nota su resplandor por entre las cortinas. Vuestro correo ha llegado á tiempo, todo lo han encendido.

—Sí, y tambien mi maldito cuarto de soltero. ¿Sabes lo que he pensado, Lavinia? Quiero hacer de la antigua habitacion de las niñas mi gabinete de trabajo: está cerca del tuyo, y así no tendré necesidad de subir y bajar constantemente.

—¿Y si yo en mi sabiduría decidiera que os hallariais demasiado expuesto á las distracciones tan cerca de mí, y con este motivo trasportara mi gabinete de trabajo á vuestros antiguos aposentos, cuya vista me agrada soberanamente?

—Entonces me ahorraria el trabajo de una mudanza, respondió sonriendo el coronel... ya han oido el ruido del carruaje y salen á recibirnos... ¡Oh! ¡Mi querido Rosenborg!... ¡Nuestro Rosenborg!...

—Sí, nuestro Rosenborg, repitió Lavinia conmovida: ¿y sabes porqué á mí tambien me gusta tanto? Primero, porque no le has heredado de tu difunta esposa, y despues, porque tuviste la generosa atencion de alejar de él á mi llegada todo cuanto habria podido recordármela.

Hermann la estrechó silenciosamente en sus brazos: el coche se detuvo, y lo mismo que el primer dia el mayordomo y la criada estaban de pié sobre los escalones del peristilo: pero una expresion de radiante felicidad se pintaba en sus rostros.

Así que los amos entraron en el salon, Teresa tomó la palabra y dijo con un tono retumbante:

—Voy á tomarme la libertad de decir á mis queridos amos que han llegado en un momento feliz, pues el sargento y yo... ¿dónde has ido, Stacke?... ven aquí á recibir las felicitaciones de nuestros amos... no hacemos mas que una persona: estaba convenido en silencio hace ya años.

—Efectivamente, repuso Stacke, convenido en silencio...

—¡Dios os bendiga, amigos mios! dijo el coronel tomándoles la mano con cariño: me prometo que si cada uno de vosotros gana mucho en este enlace, el Rosenborg no perderá nada, y que no le abandonarán ni su inspector ni su activa vigilanta.

—Y yo espero tambien, que cuando ya Teresa no pueda ayudarme con su concurso, me ayudará siempre con su experiencia y sus consejos, dijo Lavinia.

Teresa les dió gracias con un torrente de palabras encargándose de interpretar el silencio de su marido, quien en su apuro para representar el papel de esposo trataba de hacer una retirada honrosa. A decir verdad, el pobre mayordomo no podia explicarse cómo habia tenido la audacia de declarar sus sentimientos á una mujer tan superior como Teresa Brunsberg. Ni aun recordaba que hubiese hecho tal declaracion, pero la digna mujer tenia un modo particular de interpretar el silencio del prójimo, y ella aseguraba que aquel silencio habia sido tan expresivo, que nadie podia dudar su significacion: por lo tanto, era preciso aceptar la felicidad que se ofrecia de aquella manera.

Ahora que los criados se habian retirado, los dos esposos se paseaban del brazo por el cuarto de Lavinia. Una bugía acababa de consumirse en el cristal de un candelabro, y la luna enviaba un rayo virginal al aposenso á través de la ventana entreabierta y de los cortinajes levantados. Hermann se inclinó hácia el balcon.

—¿Cuál de esos astros que nos miran habria pensado hace un año alumbrar tanta alegría en nuestros dos semblantes? Mira, amada Lavinia, cuán puro y suave es ese rayo de luz que se desliza sobre el cortinaje sombrío de la alcoba; ¿le ves?

—¿Y ves tú cómo brilla sobre las flores de mi ventana?

—¡Esas flores! Son las convidadas á tus bodas, mi amada Lavinia.

FIN DE LA NOVELA.

REVISTA DE CADIZ.

POLICÍA URBANA.—COMPAÑÍA LÍRICA.—LA SRA. PENCO.—LA SRA. DORY.

Principiaremos nuestra revista de hoy diciendo algo de la cuestion mingitoria, que es cuestion que afecta en alto grado á los sentidos corporales.

Cuando comenzaron á levantarse las columnas mingitorias, se las atacó con una especie de encarnizamiento, si bien con falta absoluta de razon. Estas columnas existen tiempo ha, no solo en las primeras capitales de Europa, sino hasta en las ciudades menos importantes, y toda vez que aquí como allí existe la necesidad á que dan nombre, claro es que aquí como allí son, no solo útiles, sino hasta indispensables, á menos que no se ponga al transeunte en la dura alternativa ó de acudir á los portales de las casas, conculcando el derecho de propiedad, ó de hacer de sus calzones un succedáneo de las columnas mingitorias, lo cual traeria consigo los graves inconvenientes que están al alcance de cualquiera.

Criticóse la forma de estas garitas, y se respondió que era idéntica á las que existen en París; se las tachó de súcias, y se vió que eran de mármoles y azulejos; y entre tanto el público acudia á ellas sin cuidarse de aquellos apasionados anatemas, y los que los lanzaban no eran por cierto los últimos en ocuparlas cuando á ello les impelia alguna necesidad apremiante.

Pero es el caso que esta mejora no recibió todo el desarrollo que habia menester, y que aun falta bastante para que su distribucion por la ciudad sea tan extensa que á todas partes alcance. Cierto es que hay en ella sitios, y de los mas frecuentados, en los que su colocacion ofrece dificultades, pero estas se habrian vencido al cabo, en gracia de la conveniencia general y de la limpieza pública. Es hasta vergonzoso al ver el espectáculo que presentan por las noches las aceras de la plaza de la Constitucion y todas las adyacencias de esta menos pasajeras ó mas oscuras. Allí donde existe una obra ó un derribo, se ven correr apestosos arroyos y se observan inmundas lagunas. ¿Es esto acaso preferible á la presencia de una columna mingitoria?

¿Y qué diremos de las inmediaciones del teatro Principal? Allí el contraste es todavía mas perceptible, porque á pocos pasos de lo que deleita al oido se muestra lo que lastima al olfato; aquello no solo está intransitable sino tambien *inolible*, si es que se nos permite usar de esta palabra de nueva invencion.

En nombre pues de la decencia pública, en nombre del vulnerado olfato, en nombre de los portales de nuestras casas que á veces no se pueden vadear, rogamos que se tomen en cuenta nuestras observaciones, y pedimos *otrosí* que en todos aquellos sitios que no estén muy lejanos de las actuales columnas mingitorias, se establezca la mayor vigilancia respecto á los que, sin la disculpa de la lejanía, ensucian las calles y los portales, exijiéndoles sus correspondientes multas, no por juicio de faltas, sino por juicio de sobras, puesto que todo ello proviene de exceso de líquido.

Tócale ahora su vez al Teatro Principal.

En nuestra anterior revista hablamos de la salida de la Sra. Penco, emitiendo nuestra particular opinion respecto á esta célebre cantante. Entonces nada dijimos del público, porque el de Cádiz suele diferenciarse de los demás en punto á la acojida que hace á los artistas que no conoce, siquiera traigan consigo un nombre eminente y una fama europea. Este público quiere juzgar por sí mismo, no se deja fascinar por la primera impresion, y cuando se entusiasma es porque comprende que su fallo, fundado en datos exactos, es el fallo de la justicia.

Esto aconteció una vez mas en la primera salida de la Sra. Penco; se la recibió con galantería, se la acojió con aplauso, pero con cierta especie de reserva, que en nada afectaba al renombre de la artista, indicándole tan solo que necesitaba oirla y verla mas para apreciarla en todo su valor y para en todo su valor aplaudirla. Así fué en efecto; la Sra. Penco en la segunda noche, y mas todavía en la tercera de la ejecucion de Norma, ha arrebatado, ha hecho levantar de sus asientos á aquellos mismos gaditanos que el dia anterior pudieron acaso ser tachados por alguno de poco entusiastas, de casi frios: hasta las damas batian las palmas desde los palcos y lunetas, y dos y tres veces cada noche, despues de los actos, ha sido la Sra. Penco, la eminente artista, llamada á la escena para ser saludada de nuevo con atronadores bravos. La voz del público era unánime: «Es una gran cantante, exclamaba; es una gran actriz.»

Pero antes de pasar á ocuparnos de *El Trovador*, segunda de las óperas en que ha tomado parte la Sra. Penco, bien es digamos algo de la Sra. Dory, que ha trabajado tambien en esta última, y que hizo su estreno en Cádiz hace poco con *La Favorita*.

La Sra. Dory es una jóven de buena figura teatral, de excelentes maneras, buena actriz en toda la extension de la palabra, y cuya voz de contralto, de agradable timbre, está manejada con inteligenc a y expresion suma Presentóse, segun llevamos dicho, en el papel de Leonor de *La Favorita*, y á pesar de los recientes recuerdos en esta ópera de la Sra. Borghi-Mamo, la Sra. Dory fué estrepitosamente aplaudida, quedando ya asegurada en el favor del público, á quien hizo sentir con delicia las bellezas de esta produccion, por lo general aquí recibida con frialdad. Esto era ya de un buen agüero para las succesivas tareas de la nueva contralto, y una esperanza mas para el éxito de *El Trovador*, en donde habia de desempeñar el papel de la jitana; esperanza que se ha realizado segun vamos á ver.

Una numerosísima concurrencia ocupaba las localidades todas del teatro en la noche del jueves 17, y esperábase con mas ansia acaso que nunca á nuestra gran joya artística, á la Señora Penco; porque si bien no podia suponerse que *El Trovador* se prestase mas que *La Norma* á los inmensos recursos artísticos de aquella señora, se la deseaba oir en otro género de música, en música de otro autor, para que nos hiciese ver la generalidad de su talento.

La impresion que produjo al salir fué indescriptible; su trage, en el que la mas refinada elegancia competia con la riqueza, se llevó tras sí los ojos de todos; porque la Sra. Penco, que comprende y posee hasta los mas minuciosos pormenores del arte, sabe que un trage como el suyo es una de las cosas que pertenecen al arte mismo. Pero iba á cantar y ya todas aquellas miradas se concentraron en su gesto, en su expresion; todos aquellos oidos se abstrageron de cuanto les rodeaba para no perder una sola de sus admirables notas.

La ópera entera fué un continuado triunfo, ha-

© Biblioteca Nacional de España

biendo participado de los innumerables aplausos que se prodigaron á la *prima donna*, así la Sra. Dory, que estuvo admirable en su papel, como el Señor Butty, que en el suyo del conde de Luna nos demostró una vez mas lo mucho que vale como barítono. El éxito, pues, fué altamente satisfactorio.

Oportunamente nos ocuparemos de *Lucrecia*, y con ella del bajo Sr. Derivis, que aun faltaba en el cuadro anunciado de esta excelente compañía.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

FIN DEL AÑO DE 1863.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA ha llegado con toda felicidad al término del año de 1863, y la Empresa de este periódico está segura de no haber dejado de cumplir, hasta con exceso, cuanto tiene prometido. Ella no tiene que ir muy lejos á buscar las pruebas de su aserto, suponiendo que hubiese quien lo pusiera en duda. Ahí está si nó el número de hoy; con él hemos repartido una magnífica hoja de figurines iluminados, cuyo costo es mas del duplo de los figurines comunes, únicos que nos comprometimos á dar, y sin embargo no hemos hecho alteracion alguna en el precio de suscricion para estos casos extraordinarios. Ni dificultades ni sacrificios han sido poderosos á hacer que cejemos en nuestro camino; y esta línea de conducta continuará siendo la nuestra en adelante.

Pero no pretendemos pararnos en este camino. LA MODE ILLUSTRÉE, el periódico mas acreditado de París en su especialidad, anuncia que muy en breve podrá publicar unos patrones ilustrados, que llevarán en cada hoja los dibujos y las explicaciones de los objetos, los cuales patrones se expenderán á un precio extremadamente módico. Nosotros, que no queremos que nadie nos lleve ventaja, nos proponemos estudiar esta mejora, y si la hallamos realizable y conveniente, nos apresuraremos á adoptarla, en cuyo caso se establecerán las condiciones.

Tambien hemos escrito á una acreditada modista de París, á fin de obtener que nos envie un cierto número de patrones cortados ya y en disposicion de aplicarse sobre la tela. Si el pensamiento se llega á efectuar como es muy probable, daremos de ello oportuno conocimiento á nuestras suscritoras, para que puedan pedir entre ellos los que les convengan, con arreglo á las condiciones de precio que se señalen, y que se reducirán á lo estrictamente indispensable para sufragar el gasto, sin utilidad nuestra. Otras mas mejoras meditamos, que recibirán sucesivamente su completo desarrollo.

Saludemos pues llenos de esperanza al nuevo año de 1864.

Explicacion de la gran hoja de figurines.

ABRIGOS. N.º 1. EL CZAR. Gran capa de paño-terciopelo color pardo; esta capa forma anchos pliegues en el medio de la espalda, en cuyo sitio se sujetan por medio de adornos de pasamanería. Otros adornos de lo mismo figuran una pelerina. Estos, compuestos de galones, de punto veneciano y de borlas, se colocan tambien á cada lado hácia el borde inferior.

N.º 2. LA ROTONDA. Abrigo para salida de baile, de felpa *moaré* á listas blancas y negras, con ancho fleco de felpilla de ámbos colores.

N.º 3. EL GUIA. Paletot de paño azul oscuro, con adornos de galones negros.

N.º 4. EL CÓNSUL. Capa para visita, de terciopelo negro. El adorno todo es de pasamanerías negras y encages.

N.º 5. LA ELEGANTE. Rotonda de terciopelo negro bordada con torzal negro de seda. El dibujo del bordado representa unas palmas. Los dos anchos volantes de guipur que guarnecen esta rotonda, reproducen el mismo dibujo de palmas.

N.º 6. EL GRAN DUQUE. Paletot de paño-terciopelo violeta; los costados, los delanteros, las mangas y las sisas llevan adornos de pasamanería negra con bellotitas.

N.º 7. GRAN ROTONDA de terciopelo-montagnac, á cuadros escoceses blancos, grises y negros; la guarnicion se compone de un ancho fleco de felpilla de colores adecuados á los de la rotonda. El abrigo se sujeta al cuello por medio de un cordon.

ADVERTENCIA.

El índice de materias correspondiente al tomo de LA MODA ELEGANTE de 1863, se distribuirá con uno de los próximos números.

FIN DEL TOMO XXII.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

ADVERTENCIAS PARA EL AÑO DE 1864.

Queda separado D. Rafael Fideaux del cargo de agente de La Moda en Cienfuegos, y nombrado en su lugar el Sr. D. Cesáreo Cuervo Arango.

Las causas que á tomar esta determinacion nos obligan, nuestros lectores las comprenderán.

Varias quejas recibimos de la falta de exactitud en el recibo de los números de La Moda en el interior de la Isla de Cuba, especialmente en Puerto-Príncipe y Rosario, y como sabemos que no consiste en el servicio de correos, por hallarse perfectamente desempeñado, rogamos á los señores agentes no demoren un momento el reparto, ni el dar aviso de las suscriciones nuevas que adquieran, cuidando de remitir á la agencia central de la Habana los fondos con la debida oportunidad, á fin de evitar las suspensiones á que esto pudiera dar lugar.

En el presente número concluye el tomo XXII de La Moda Elegante Ilustrada y nos proponemos empezar el XXIII con la misma constancia y fe que tenemos demostradas, terminándolo de igual manera.

Suprimimos dar prospecto porque no variando en nada la marcha establecida, lo creemos innecesario.

Rogamos pues á los señores suscritores que terminan su abono, lo renueven con tiempo para el arreglo de la tirada. Les recomendamos la suscricion de año por ser la que mas ventaja ofrece, en razon á obtener un 30 por 100 de rebaja comparado con la de trimestres. Los abonos se hacen remitiendo libranzas ó letras de fácil cobro, á Don A. de Cárlos—Cádiz.

Los precios de la suscricion son los siguientes.

En Cuba, Puerto Rico, y Santo Domingo.		En España, Canarias y Portugal.		En Filipinas, Méjico, Rio de la Plata, Perú y Chile y demás Estados.	
Por un año. . . .	12 pfs.	Por un año	140 rs.	Por un año. . . .	15 pfs.
—Seis meses . . .	6 ,,	— Seis meses . . .	80 ,,	— Seis meses. . .	8 ,,
		— Tres meses. . .	45 ,,		
		— Un mes. . . .	15 ,,		

Deseando dar á nuestro periódico condiciones que lo pongan al alcance de todos, daremos además una edicion mas económica todavía, que se podrá obtener á los siguientes precios:—

—un mes 10 rs. vn.—tres meses 30—6 meses 50—un año 95.—

Las personas que se suscriban á esta no tendrán derecho á los figurines iluminados que se reparten. Esta será la sola diferencia entre ámbas —A esta edicion no se reciben suscriciones en América por menos de un año, al precio de **8 pfs.** en Puerto-Rico y Cuba, y **10 pfs.** en todos los demás Estados.

A todo el que quiera conocer esta publicacion se le remitirá un número gratis.

Tan luego como se termine la novela El Corsario Negro que estamos publicando, aumentaremos el número de figurines iluminados.

Desde 1.º de Enero, advertimos á nuestros suscritores, que no podemos atender reclamaciones por faltas que experimenten de los números de La Moda, en razon á que no procediendo de nosotros no es justo ni equitativo continuemos perjudicándonos del modo que hasta aquí.

Tenemos una oficina especial, perfectamente organizada, que no solo cuida del buen empaquetado sino de confrontar nombre por nombre con el libro matriz antes de ir al correo; de consiguiente las faltas que ocurran, volvemos á repetir, no proceden de nosotros.

Por cada número de lujo que se reclame se abonarán, al hacer el pedido, 4 rs., y si es económica 2 y medio.

Hemos hecho un convenio con una acreditada modista de París, para que desde 1.º del año próximo proporcione por una corta retribucion á nuestras suscritoras los patrones que damos mensualmente, ya cortados y arreglados de modo que no les ofrezca dificultad alguna confeccionar las prendas que les agraden ejecutar.

Muy pronto daremos mas detalles sobre este particular que lo creemos de mucho interés y economía. Diciembre 20 de 1863.

A. de Cárlos.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

nº 52.

© Biblioteca Nacional de España